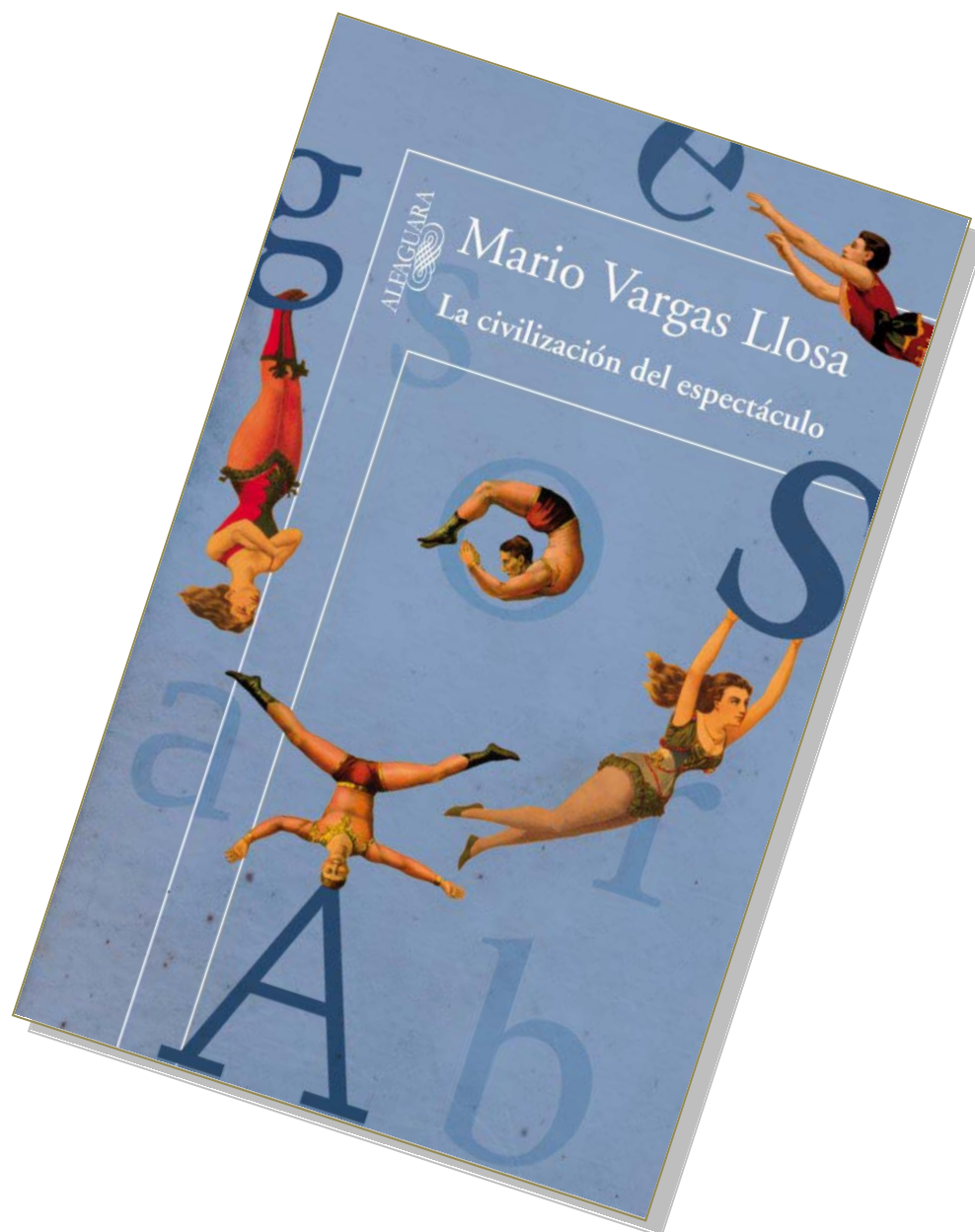


SOBRE VARGAS LLOSA Y LA CIVILIZACIÓN DEL ESPECTÁCULO

Por: Carlos Goedder



A la eminente filósofa Da. Gloria Comesaña Santalices

*“No puedes decir que la civilización no avanza...
En cada guerra te matan de una manera nueva”*
Will Rogers, comediante estadounidense



En La Civilización del Espectáculo (Alfaguara, 2012), el nobel de literatura 2010 D. Mario Vargas Llosa lanza un quejido con resonancias en los ámbitos más diversos: estética, religión, educación, periodismo, política, tecnología... El ensayo ofrece vertientes amplias para una reflexión. En este comentario haré una reflexión sobre varios puntos del texto, cuestionaré argumentos y, por sobre todo, procuraré cooperar siquiera modestamente en dar a este texto la discusión interminable que merece, puesto que seguro será recordado en el futuro como testimonio sobre una era convulsa.

Lo primero que hago es olvidarme que el ensayo lo hizo Vargas Llosa. He de decir que este es el escritor que más me ha impresionado entre los novelistas y críticos literarios contemporáneos, que su figura siempre me es un referente vital y le admiro. Consigo dejar eso de lado y también anhelaría que el lector haga ese ejercicio. Vargas Llosa, al margen de gustos literarios, ha tenido una desgraciada idea: involucrarse en política peruana activamente. Fue candidato presidencial y recientemente apoyó a Ollanta Humala, quien tenía el antecedente de participar en golpes militares; el antagonista recurrente de Vargas Llosa en toda esta historia ha sido Alberto Fujimori (nacido en 1938). Es indispensable olvidar todo esto para discutir este ensayo fundamental. Nunca, jamás, ha de confundirse la obra artística e intelectual de un autor con su biografía. Para mí, Vargas Llosa es sólido en ámbito estético y moral, es más, creo que su vida es de esas pocas que merece vivirse tal cual ha sido y hasta emularse. Mas dejo toda esa consideración y polémica de lado. Sobre este ensayo opinaré como si lo hubiese escrito cualquier ciudadano.

¿Una percepción con eco universal?

La paradoja que plantea Vargas Llosa es que en sociedades más desarrolladas y aparentemente cultas, se ha generado una insoportable banalización de la cultura. Casi todos los ámbitos en que se espera que el ser humano dé lo mejor de sí, como son las letras, las artes plásticas y esferas indispensables para sostener la democracia como son tanto la política como la comunicación social, todo eso ha caído bajo un influjo frívolo. La meta en todas estas disciplinas es simplemente divertir y entretener.

La gran paradoja es que esto ocurre en sociedades donde hay tradición cultural importante, en sociedades con libertad económica o política relevantes, con poblaciones alfabetizadas y en fin, justamente en un entorno que se esperaríase produjera lo más elevado en plano estético y en dimensión ética.

Lo peor de este criterio lúdico imperante en esferas claves correspondientes al quehacer humano es que parece valer todo para maximizarlo. Se puede pisotear la privacidad, el mínimo buen gusto, cualquier norma o valor con tal de divertir. Así que lo que inunda las páginas de Vargas Llosa es un quejido. Es una decepción que en lugar de optar por resignarse eleva una voz de protesta, mas temiendo quedar sin oírse y pasar sin efecto alguno. Esto es puro “malestar de la incultura”.

El autor define su concepto de civilización del espectáculo con afirmaciones como estas:

“¿Qué quiere decir civilización del espectáculo? La de un mundo donde el primer lugar en la tabla vigente de valores lo ocupa el entretenimiento, y donde divertirse, escapar del aburrimiento, es la pasión universal”.

“Ésta es una realidad enraizada en nuestro tiempo, la partida de nacimiento de las nuevas generaciones, una manera de ser, de vivir y acaso de morir del mundo que nos



ha tocado, a nosotros, los afortunados ciudadanos de estos países a los que la democracia, la libertad, las ideas, los valores, los libros, el arte y la literatura de Occidente nos han deparado el privilegio de convertir al entretenimiento pasajero en la aspiración suprema de la vida humana y el derecho de contemplar con cinismo y desdén todo lo que aburre, preocupa y nos recuerda que la vida no sólo es diversión, también drama, dolor, misterio y frustración”.

“La raíz del fenómeno está en la cultura. Mejor dicho, en la banalización lúdica de la cultura imperante, en la que el valor supremo es ahora divertirse y divertir, por encima de toda forma de conocimiento o ideal”.

Sobre este núcleo de malestar, Vargas Llosa desarrolla su reflexión en diversos terrenos. Sorprende que sólo de paso usa en la obra el término hedonismo, porque en cierta forma su protesta es un hastío ante el hedonismo imperante. Opino que ni siquiera quiere halagar a ese desdén y abandono complaciente con una postura filosófica como lo es la hedonista. Para Vargas Llosa ni siquiera se calificaría tan elevadamente una búsqueda tan desenfrenada por el placer efímero, por la evasión como actitud, renunciándose a un mínimo de refinamiento y creatividad en ese afán por estar ajeno a cuestiones vitales fundamentales. Aunque parezca paradójico, la civilización del espectáculo tiene cierta connotación apática, mecanicista, simplona y es más bien una aburrida propensión por el entretenimiento.

El autor de una obra como Los Cuadernos de Don Rigoberto captura esa carencia de imaginación en lo placentero cuando reflexiona sobre el erotismo. Afirma:

“Hacer el amor en nuestros días, en el mundo occidental, está mucho más cerca de la pornografía que del erotismo y, paradójicamente, ello ha resultado como una deriva degradada y perversa de la libertad (...) En la realidad, es probable que esta y otras iniciativas semejantes destinadas a desacralizar la vida sexual convirtiéndola en una práctica tan común y corriente como comer, dormir e ir al trabajo, tengan como consecuencia desilusionar precozmente a las nuevas generaciones de la práctica sexual. Ésta perderá misterio, pasión, fantasía y creatividad y se habrá banalizado hasta confundirse con una mera calistenia. Con el resultado de inducir a los jóvenes a buscar el placer en otra parte, probablemente en el alcohol, la violencia y las drogas”.

Otro ámbito en el que resuena esta civilización del espectáculo sería el ámbito político. Bien sabido es un episodio el cual queda sin mencionarse en el ensayo, el famoso debate por la presidencia estadounidense en 1960 entre Nixon y Kennedy. Fue el momento en que la falta de maquillaje y atractivo físico hizo perder la presidencia a alguien más hábil en la argumentación; quienes oyeron a Nixon por radio lo consideraban ganador en contraste con quienes lo vieron en televisión. Desde allí, como hito, los políticos han apuntado hacia técnicas de marketing en lugar de elaborar ideologías políticas o propuestas sobre políticas públicas como pivote sobre el cual debata la opinión pública. Los medios de comunicación también estarían más ocupados por menesteres como los escándalos sexuales, corrupción o la moda entre los políticos, sacando trapos sucios para entretener al público en lugar de dirimir en la palestra temas cómo qué opina el político, qué lee, quién le inspira, cuál es la orientación ideológica en su equipo o qué tiene en su agenda para política exterior. El público ya distaría de vibrar ante un discurso político y bostezaría ante refinamientos retóricos. Quizás se esté revirtiendo la tendencia con esta crisis reciente y en Estados Unidos de América estaremos próximos a asistir a unas elecciones donde los candidatos toman posturas extremas en materia económica o social. La crisis económica en el mundo desarrollado quizás haga que la atención pública vuelva más hacia el contenido que hacia la forma y en gran medida la derrota de Sarkozy en Francia, un tipo mediático, cuidadoso con su



imagen –usa tacones para lucir más alto- y con una esposa proveniente del *show business* sea otro síntoma: el mensaje comienza a cobrar importancia.

Es probable que la Gran Recesión haga que se revalorice el histrionismo del político, su carisma o un discurso radical y eso podría ser peligroso. En tiempos menos revueltos se prefería a políticos anodinos e inofensivos y nos interesaban más sus escándalos personales. El libro omite una época sintomática de ello bajo la administración Clinton, durante unos comparativamente felices años noventa, nuestra *belle époque*.

El ensayo sentencia:

“La necesidad ha pasado a ser la reina y señora de la vida posmoderna y la política es una de sus principales víctimas (...) Y las cosas se agravan si el periodismo, en vez de ejercer su función fiscalizadora, se dedica sobre todo a entretener a sus lectores, oyentes y televidentes con escándalos y chismografías. (...) Casi no hay día que en algún país latinoamericano no se descubra un nuevo caso de corrupción vinculado al narcotráfico. La cultura contemporánea hace que esto, en vez de movilizar el espíritu crítico de la sociedad y su voluntad de combatirlo, sea entrevistado y vivido por el gran público con la resignación y el fatalismo con que se aceptan los fenómenos naturales (...) Es esta actitud pesimista y cínica, no la extendida corrupción, la que puede efectivamente acabar con las democracias liberales”.

Y en esta tónica, el caso Wikileaks con su fundador Assange divulgando informes políticos confidenciales, es visto bajo la óptica de Vargas Llosa como otro intento por hacer espectáculo. Para nada se ve tal caso como un intento por difundir entre la opinión pública los entresijos de la política y ejercer así mayor control ciudadano. Es más, en uno de los artículos periodísticos hechos por el nobel 2010– colocados a modo de interludio durante el ensayo -, se suscribe la opinión hecha por Fernando Savater según la cual el caso Wikileaks es “parte de la actual ‘imbecilización’ social”. Y dice radicalmente:

“...De allí a concluir que la prodigiosa transformación de las comunicaciones que ha significado Internet autoriza a los internautas a saberlo todo y divulgar todo lo que ocurre bajo el sol (o bajo la luna), haciendo desaparecer de una vez por todas la demarcación entre lo público y lo privado, hay un abismo que, si lo abolimos, podría significar no una hazaña libertaria sino pura y simplemente un ‘liberticidio’ que, además de socavar los cimientos de la democracia, infligiría un duro golpe a la civilización”.

Así que un malestar inicial por una banalización de la cultura acaba teniendo una consecuencia indirecta, considerar que hay fronteras a restablecer en el ámbito liberal. Por tanto, el ensayo merece, más que una reseña, una disección cuidadosa. Es polisémico y provocativo, expresa con fecundidad un desencanto. Mas es preciso analizarlo evitando sucumbir a su embrujo. Algo me hace ruido intuitivamente y creo que es preciso racionalizarlo.

Por supuesto el ensayo nos pasea por extremos de la civilización del espectáculo: un artista comiendo sus propias heces como obra de arte en una exposición – sí, es verdad y está documentado en el ensayo-; periodistas buscando potenciales suicidas en los centros financieros al estallar la crisis de 2008; estudiantes españoles recibiendo clases sobre masturbación; escuelas públicas donde es preciso instalar detectores de armas; entrevistadores que publican conversaciones con famosos las cuales jamás han tomado lugar; escultores que esculpen excrementos de elefantes. En fin, testimonios estridentes donde tiene asidero un malestar.

La estética y lo ético



Un escritor decepcionado con la cultura es el punto de partida en esta denuncia a la cual ningún ámbito público escapa. Un hombre nacido en 1936, con clara erudición y quizás adicto a la literatura, se siente defraudado porque la cultura actual sólo se limita a entretener y hay un público mayoritario ávido por esa evasión.

En sintonía con esa percepción del ensayo, están estas afirmaciones:

“La diferencia esencial entre aquella cultura del pasado y el entretenimiento de hoy es que los productos de aquella pretendían trascender el tiempo presente, durar, seguir vivos en las generaciones futuras, en tanto que los productos de este son fabricados para ser consumidos al instante y desaparecer”.

Y este extracto elabora el punto; proviene de una conferencia insertada en el ensayo, impartida durante 1996 al recibir Vargas Llosa el prestigioso premio germano Friedenspreis:

“En este contexto de pesimismo creciente sobre los poderes de la literatura para ayudar a los lectores a entender mejor la complejidad humana, mantenerlos lúcidos sobre las deficiencias de la vida, alertas ante la realidad histórica circundante e indóciles a la manipulación de la verdad por parte de los poderes constituidos (para eso creía yo que servía la literatura, además de entretener, cuando yo comencé a escribir)...”

Sin escatimar una crítica a los escritores jóvenes:

“Esa manera de elegirse artista parece haberse perdido para siempre entre los jóvenes impacientes y cínicos de hoy que aspiran tocar la gloria a como dé lugar...”

Bueno, hay que hacer varios matices. Primero, si se estudia la historia de muchos escritos notables, la mayoría fueron hechos por sus autores y en su tiempo con inquietudes pecuniarias y también anhelando tener fama. Cuando Dostoievsky escribió El Jugador lo hizo a las prisas, acuciado por deudas y seduciendo a su estenógrafa. Muchas obras literarias célebres hoy fueron hechas como novelas por entregas, en esa época comparativamente reciente del Siglo XIX cuando por fin el artista pudo vivir como buen burgués – profesional liberal, diríamos hoy-, sin precisar un mecenas noble. ¿Fueron hechas las grandes obras con intención de ser eternas? Sin duda más de uno anhelaría eso, mas la mayoría seguro la escribió con intención más inmediata: anhelando tener lectores, recibir algún dinero y ganar algún prestigio. ¿Qué la intención fuera exponer los abismos, profundidades y contradicciones humanas? Entonces el único arte que habría sobrevivido es la filosofía existencialista, Schopenhauer, Camus con su Mito de Sísifo, el suicida Werther y obras en la frontera. El gran arte también buscaba entretener. Se puede argüir que en tiempos pasados – bajo este prisma de que todo tiempo pasado fue mejor – se perseguía mostrar nuestra dura, trágica y frágil condición humana, mas el arte, incluso en sus formas más extremas, ha intentado dar alguna nota evasiva y quienes fueron a sus páginas sin duda anhelaban pasar un rato, cuando menos, más interesante que su vida cotidiana.

Por demás, si lo único que quisiera el público hoy es diversión, sólo triunfarían las obras dedicadas a generar risa. Lo cierto es que no. Incluso en esta era audiovisual, las películas en ese escurridizo género de “drama” siguen teniendo espectadores, sin tener el monopolio las películas en el género “comedia”. La gente aún lee libros sobre asuntos trágicos y polémicos. Incluso quienes son espectadores de un espectáculo deportivo están dispuestos a entregarse a un carrusel emocional. Incluso quienes asisten a un partido de fútbol están dispuestos a experimentar angustia – sin duda una angustia distinta a esa sobre la finitud de la vida -, dolor, agonía y hasta a llorar. Todo arte, todo hecho cultural, ha tenido por fórmula hacernos escapar de nuestra rutina. Que haya habido una propensión cultural a alcanzar ciertas cotas de calidad y expresión, es otra



cosa. Mas una canción triste, una telenovela lacrimosa, un partido de fútbol donde nuestro equipo se juega el descenso a segunda división, una película cuyo protagonista es un enfermo terminal, un debate televisivo entre candidatos políticos, todo eso sigue teniendo público en la “civilización del espectáculo”. No sólo se procura evasión y breve espasmo de adrenalina entre los autores y lectores modernos; al menos la evidencia no parece apoyarlo.

En ensayos precedentes, Vargas Llosa lanzaba un mensaje menos agresivo sobre su estética de la literatura. Por un momento me salgo de estas páginas y rescato algunos párrafos en otros dos ensayos suyos memorables, en los cuales percibo un espíritu menos pesimista y más pragmático:

El primero es La Verdad de las Mentiras (tengo la traducción de Cordelia Magalhães publicada por la brasilera ARX, 2004). Allí el espíritu era este:

“Entretener, divertir, distraer: muchos escritores se indignarían si alguien les recordara que esa es también una obligación de la literatura...”

Y también:

“Porque la vida real, la vida verdadera, nunca fue ni será suficiente para satisfacer los deseos humanos. Y porque sin esa insatisfacción vital que las mentiras de la literatura, a su vez, incitan y aplacan, jamás existe un progreso auténtico”.

Y otro texto al cual refiero es el estudio –magistral - sobre Los Miserables contenido en La Tentación de lo Imposible (Alfaguara, 2005). Allí la literatura es para Vargas Llosa simplemente la coherente consolación irreal capaz de hacernos dejar la realidad por unas páginas:

“... No un retrato fidedigno sino una recreación de la vida tan infiel como persuasiva, no una reproducción de lo real sino una trasgresión de la realidad que se nos impone como cierta por su poder de convicción, no la vida sino esa ilusión turbadora que es una novela lograda, esa mentira radical que es la verdad de la literatura cuando alcanza ciertas cimas y gracias a la cual la vida verdadera se hace más comprensible y más ambigua, a veces más soportable y a veces más insoportable”.

Y además:

“Las novelas, y sobre todo las grandes novelas no son testimonios ni documentos sobre la vida. Son otra vida, dotada de sus propios atributos, que nace para desacreditar la vida verdadera, oponiéndole un espejismo que, aparentando reflejarla, la deforma, retoca y rehace”.

En obras precedentes lo que nos ha vendido Vargas Llosa es una estética según la cual un aparato de ficción consigue darle significación adicional a una vida que sin ese aliado literario sería algo mecánico, convencional y rutinario. La buena novela era un ejercicio destinado a presentarnos una vida alternativa y contar bien esa historia. Ese espíritu imbuía la novela desde los *monogatari* japoneses, pasando por el Quijote, Flaubert y toda esa galería de novelas hechas por el propio Vargas Llosa, capaz de transmitirnos una mentira aceptable, unos supuestos irreales bien desarrollados, con los cuales la vida inmediata se hacía, cuanto menos, diferente. Tal espíritu sigue presente en la novela contemporánea. ¿Se ha buscado algo distinto en la historia que entretener? Quizás, mas un deber básico de la novela es mostrar algún interés por hacerle pasar un buen rato a su lector u optaría por ser simple onanismo literario. ¿Son las novelas actuales un ejercicio peor construido? No lo creo. El mismo Vargas Llosa, en esa columna de periódico quincenal imperdible en El País elogió en su día la saga Millenium de Stieg Larsson, tres novelas voluminosas las cuales me sorprendió ver a la gente devorando con fruición. Y eso acaba de ocurrir hace poco. Sólo que esa evidencia



queda sin rescatarse en los artículos incorporados a La Civilización del Espectáculo. En su esfera hay decepción con la novela contemporánea y se destaca como algunos literatos como V.S. Naipaul – él también nobel -, consideran aparcarse la novela como género. Acá en la Civilización del Espectáculo, el espíritu es que “Para sobrevivir, la literatura se ha tornado light – noción que es un error traducir por ligera, pues, en verdad, quiere decir irresponsable y a menudo, idiota”.

La impresión que a uno le queda con este ensayo es que las novelas actuales son todas una sarta de tonterías para lectores también un tanto embrutecidos. Es un enfoque fatalista. Tiene ecos de Harold Bloom, el crítico literario quien denuesta a autores como Stephen King y J.K.Rowling. Estoy seguro que dentro de cincuenta años o un siglo, estos últimos serán nombres destacables en la historia de la literatura. El primero se recordará por su capacidad para asombrar con el miedo y tejer buenas historias, adaptadas a la pantalla con más o menos éxito –El Resplandor, Carrie – y muestra algo que escapa al juicio hecho por Vargas Llosa: los autores evolucionan. La meta inicial es vender – sin eso el artista acabará muriendo de hambre – y luego conciliar éxito material con calidad artística. Esa es la ética Beatle, por ejemplo, por mencionar el hito en la cultura popular musical. Los primeros Beatles podrían haberle sonado a alguien en 1963 como a mí me resulta Justin Bieber hoy, mas superadas las angustias materiales y optando incluso por abandonar las giras de concierto, los cuatro de Liverpool se retiran al estudio a grabar lo mejor de su obra, el período 1966-1969. Negar al artista literario una capacidad semejante y descreer que el best seller pueda contener valor, me luce arrogante, o quizás simplemente refleje la “maldición del ganador”: a alguien tan erudito y sólido como Vargas Llosa le debe ser más difícil emocionarse con nuevos escritos y les encontrará fallos. Es inevitable en alguien que está en lo más alto de la élite cultural y que devora libros continuamente. El segundo caso que mencioné, J.K. Rowling, logró algo inédito en la historia literaria: que los impúberes hicieran fila frente a una librería esperando el lanzamiento de la novela nueva en la saga Harry Potter. Los muchachos que tendemos a simplificar como embobados espectadores de televisión y consumidores de videojuegos se lanzaron a las librerías encontrando que por fin, en casi un siglo, la literatura podía ofrecerles algo distinto a Verne o Stevenson. Sí, esos supuestos devoradores audiovisuales, analfabetos funcionales estaban emocionados por la literatura y recuerdo incluso a adultos en la década pasada llevando los libros consigo en la mano. ¿Es esta la cultura que está languideciendo? El argumento será nuevamente que esto es simplemente sociedad de consumo, literatura con baja calidad e incluso se hará caso omiso a esos mismos jóvenes cuando dicen que a la versión cinematográfica le falta aún capturar detalles del libro. Para mí, ya simplemente el mérito de poner a los muchachos a empuñar libros – otro tanto ha conseguido entre los adolescentes la saga Crepúsculo – merece reconocimiento y menos fatalismo.

Luego hay afirmaciones más audaces sobre lo estético. La primera es suponer que la literatura es el género supremo artístico. En esa línea van estos párrafos expuestos en el trabajo:

Refiriéndose a La Cultura-Mundo de Lipovetsky y Serroy, dice el ensayo: “Esa cultura masa, según los autores, nace con el predominio de la imagen y el sonido sobre la palabra, es decir, con la pantalla”.

Otro párrafo está en sintonía:

“En la tradición cultural ‘el discurso hablado, recordado y escrito fue la columna vertebral de la conciencia’. Ahora la palabra está cada vez más subordinada a la imagen. Y también a la música, el signo de identidad de las nuevas generaciones, cuyas músicas



pop, folk o rock crean un espacio envolvente, un mundo en el que escribir, estudiar, comunicarse en privado, se desarrollan en un campo de estridentes vibraciones”.

Y recordando al teórico canadiense de las comunicaciones, Herbert Marshall McLuhan (1911-1980), estaríamos asistiendo, en esta Civilización del Espectáculo al “baño de las imágenes”.

Construir una teoría estética donde la literatura sea la mayor de las artes me parece pretencioso. La música y las artes plásticas logran una experiencia sensorial más inmediata y accesible, independientemente del idioma que se hable. Y ese mérito sensual es algo que la literatura consigue mediante otros procesos mentales. Aunque escribo, considero a la literatura supeditada como experiencia estética a la música y creo que la música consigue mejor o al menos no de peor manera capturar profundidades del alma. Ni siquiera me limito como prueba a los cuartetos de cuerda de Beethoven, al clave bien temperado de Bach, a las óperas de Verdi o al réquiem de Mozart, sino que ciertamente reconozco esa alquimia mágica en Los Beatles, John Coltrane, Jimi Hendrix o Celia Cruz. Es decir, si bien la literatura ha inspirado a músicos siempre y obras seminales en este arte tuvieron su eje en imágenes literarias, es difícil discutir qué expresión artística es superior. Vargas Llosa, como consumidor y productor de bellas letras, considera que es la literatura. Y eso se percibe en el detalle de que en este ensayo están sin incluirse imágenes para los dos cuadros de Seurat a los cuales hace referencia, por mencionar sólo un par de las obras plásticas a las que se refiere. Sólo gracias a su casi vilipendiada Internet pude ponerme en los cuadros y luego leer como Seurat aplicó en ellos su ciencia puntillista. Esta misma carencia la sentí de manera suprema en esa suprema novela que es El Paraíso en la otra esquina. En ese texto de Vargas Llosa se comentan los cuadros de Gauguin – Vargas Llosa es un experto en este pintor y tengo una conferencia que el nobel dicta al respecto en el Museo Thyssen Bornemisza – y se entorpece la lectura sin tener una mínima reproducción, siquiera en blanco y negro, correspondiente a los cuadros. En fin, aunque nos duela a quienes cultivamos las letras, ese maldito espacio de lo inefable existe. Ello resulta frustrante, doloroso, anhelaríamos que el lenguaje escrito capturara todo. Mas es imposible. Y por eso tengo fe que los nuevos medios tecnológicos, tan señalados en el ensayo como embrutecedores, pueden originar nuevas experiencias estéticas. Lo primero es reconocer que el libro contemporáneo, esa mezcla de tipografía negra uniforme sobre fondo blanco o amarillento está desfasada con las posibilidades técnicas. Hoy la tecnología nos permitiría tener una experiencia accesible tan elaborada y visualmente atractiva como aquellos códices medievales. El uso del color, los cambios en tamaños y tipos correspondientes a las letras, las posibilidades sensoriales, en suma, pueden ganar una expresión más poderosa y a menor coste. Se puede abaratar el impacto conjunto en memoria, sistema analítico y sensualidad correspondiente al libro. Mas eso queda sin contemplarse en La Civilización del Espectáculo.

En suma, la estética, según este ensayo, también está banalizada. Se enuncia:

“No hay modo alguno de discernir con un mínimo de objetividad qué es bello en el arte y qué no lo es. Incluso hablar de este modo resulta ya obsoleto, pues la noción mínima de belleza está tan desacreditada como la clásica idea de cultura.”

Se denuncia que la función social de la crítica estética ha desaparecido y se echa en falta una axiología estética con la cual se nos oriente:

“...Ya no existe criterio alguno que permita calificar o descalificar una obra de arte ni situarla dentro de una jerarquía”.

“...La confusión de un mundo en el que, paradójicamente, como ya no hay manera de saber qué cosa es cultura, todo lo es y ya nada lo es”.



En resumen, estamos rodeados de futilidad, relativismo, empobrecimiento artístico y bancarrota estética. Se va al abismo todo lo que la cultura podía ofrecernos en el pasado: “La cultura debería llenar ese vacío que antaño ocupaba la religión. Pero es imposible que ello ocurra si la cultura, traicionando esa responsabilidad, se orienta resueltamente hacia la facilidad, rehúye los problemas más urgentes y se vuelve mero entretenimiento”.

La Libertad Positiva en La Civilización del Espectáculo

Gracias a Vargas Llosa conocí el pensamiento correspondiente al historiador de las ideas Sir Isaiah Berlin (1909-1997). Es este pensador quien más aliento me ha dado para ser liberal en política y economía.

Berlin, al referirse a los conceptos de libertad, aborda dos ámbitos. Uno es la libertad negativa, donde la pregunta básica es dónde puedo moverme sin que me interfieran. Lo de negativo se refiere a cómo se formula la pregunta: ¿En que espacio me muevo donde *no* me restrinjan? La forma alternativa de preguntarse sobre libertad es afirmativa o positiva: ¿Quién me gobierna?

El peligro en la libertad positiva es que se puede considerar, siguiendo un pensamiento racionalista, que hay un tipo de intelectualidad superior capaz de guiarnos y gobernarnos. Eso es una idea que data de Platón, por lo menos. La racionalidad habría de gobernarnos y, por extensión, si alguien es más racional que nosotros, ese sabio o tecnócrata es quien debe gobernar nuestra realidad.

Berlin al elaborar sobre este concepto de libertad positiva en Dos Conceptos de Libertad (escrito originalmente en 1958 – Alianza Editorial, 2010) muestra sus riesgos:

“...La concepción ‘positiva’ de la libertad como autodomínio, con su insinuación de que hay un hombre dividido en lucha consigo mismo ha dado pie con más facilidad, de hecho e históricamente, en la doctrina y la práctica, a esta fragmentación en dos de la personalidad: el controlador trascendental dominante, y el manajo empírico de deseos y pasiones que hay que disciplinar y hundir”.

Y la consecuencia puede ser esta:

“El sabio te conoce mejor de lo que te conoces a ti mismo, porque eres víctima de las pasiones, un esclavo que vive una vida heterónoma, un miope incapaz de ver tus fines verdaderos”.

En alguna medida, el ensayo que estudio de Vargas Llosa rezuma libertad positiva. El liberalismo político o económico estaría traspasando fronteras lícitas en casi todos los terrenos y en el cultural alguien, los críticos quizás, estarían llamados a poner orden en el entuerto. Y habría que considerar el colocar límites a la libertad en ámbitos como la comunicación social. Simplemente, la libertad ha derivado en libertinaje. Los sabios han de venir al rescate. Cierta dosis de coacción puede ser tolerada, en sintonía con un escenario en el cual el individuo, para salir de la civilización del espectáculo, admitiría más controles sobre su libertad. Siguiendo nuevamente a Berlin: “...Puedo ser coaccionado por mi propio bien, porque estoy demasiado ciego para verlo: esto puede ocasionalmente ir en mi propio beneficio...” Y tal conclusión admitiría la pluralidad de valores. Dice Berlin: “El grado de libertad de un hombre o de un pueblo para elegir vivir como desea debe sopesarse frente a las demandas de otros muchos valores, de los cuales la igualdad, la justicia, la felicidad, la seguridad y el orden público quizás sean los ejemplos más obvios.” El autor de La Civilización del Espectáculo parece agregar la estética.



Incluso hay una sensación agrídulce de que la vida en libertad simplemente deriva fatalmente en civilización del espectáculo. En efecto, el lado oscuro de la libertad es que puede sacar nuestras conductas y resultados más desagradables. Un enfoque de libertad negativa se contentaría con que simplemente no molestemos al otro o le interfiramos más allá de lo legalmente tolerable. Un enfoque positivo clama por cierto orden. Vargas Llosa de alguna manera está intentando rescatar dosis de racionalismo en una época irracional.

Aunque las estadísticas en naciones libres parecen dar alegrías en cuanto a que hay unas poblaciones mejor educadas, Vargas Llosa está disconforme con la experiencia liberal actual. Ello le conduce a estas sombrías reflexiones:

“...Han ido desapareciendo de nuestro vocabulario, ahuyentados por el miedo a incurrir en la incorrección política, los límites que mantenían separadas a la cultura de la incultura, a los seres cultos de los incultos. Hoy ya nadie es inculto, o mejor dicho, todos somos cultos”.

Y añade:

“De otro lado, aunque haya hoy muchos más alfabetizados que en el pasado, éste es un asunto cuantitativo y la cultura no tiene mucho que ver con la cantidad, sólo con la cualidad. Hablamos de cosas distintas”.

Y llega a la paradoja de envidiar al escritor resistente en sociedades autoritarias al totalitarismo. Cree que allí la cultura sí está cumpliendo sus metas:

“A los dramaturgos, novelistas y poetas de los países cultos y libres que se desencantan de su oficio por la frivolidad en que les parece estar sucumbiendo o que lo creen ya derrotado por la cultura audiovisual, les conviene echar una mirada hacia esa vastísima zona del mundo que aún no es culta ni libre, para levantarse la moral”.

En estas expresiones hay derivaciones del espíritu vigente en La República de Platón. Una élite de sabios ha de poner orden, poniendo fronteras entre la cultura y la incultura, restableciendo ciertos límites deseables a la libertad, en fin, el culto debe gobernarnos.

Falaz razonamiento. Primero, porque tener cultura no significa capacidad para abordar sabiamente los asuntos humanos fundamentales. El supuesto intelectual de hoy termina siendo muchas veces un arrogante quien tras unas lecturas, más o menos abundantes, mejor o peor hechas, se cree con derecho a inmiscuirse en todas las esferas sociales. Seres tan cultos como García Márquez y Saramago, con sendos nobel de literatura, han salido en su día a apoyar a Fidel Castro, siendo que al menos el segundo tuvo la decencia para retractarse. Heidegger, un culto filósofo, se afilió al partido nazi – Vargas Llosa lo señala-. Picasso tuvo entusiasmo con Stalin. Sartre también tuvo una etapa favorable al totalitarismo marxista. Una potencial nobel de economía como la dama Joan Robinson se entusiasmaba con la China de Mao. En fin, contar con habilidad analítica o erudición dista de significar que se sea racional. El mismo Vargas Llosa admite esta debilidad:

“¿Qué ha conducido al empequeñecimiento y volatilización del intelectual en nuestro tiempo? Una razón que debe considerarse es el descrédito en que varias generaciones de intelectuales cayeron por sus simpatías con los totalitarismos nazi, soviético y maoísta, y su silencio y ceguera frente a horrores como el Holocausto, el Gulag soviético y las carnicerías de la revolución cultural china”.

Por demás a mí me deprimen las columnas de opinión en muchos periódicos, al menos en el mundo hispanoamericano, incluyendo en él a España. En estos medios de comunicación impresa, quizás la única justificación real para comprar un periódico sea la columna de opinión, porque la novedad está gratis en Internet en cualquier sitio o en la televisión. Mi cita con El País cada quince días es ineludible por “La Cuarta Página”



en que encontraré a Vargas Llosa. Lamentablemente, a diferencia de él, quienes consiguen acceso a publicar en los periódicos, sea por “know-how” y más veces por “know-who”, dicen tantas... Estupideces. Sorprende que exista este espécimen del intelectual arrogante, quien tras leerse unos libros ya se cree con patente de corso para opinar sobre todo lo que ocurre en el ámbito social. Muchas veces termino decepcionado con las firmas en las columnas de opinión, especialmente en un periodismo tan esencialmente malo como es el español – me duele decirlo porque tengo nacionalidad española. Mas los diarios españoles son un cúmulo de despropósitos en sus columnas de opinión. La cultura puede ser vulgar y torpe al creerse omnisciente y omnipotente. Una frase feliz de Steiner es citada por Vargas Llosa: “Las bibliotecas, los museos, los teatros, las universidades, los centros de investigación por obra de los cuales se transmiten las humanidades y las ciencias puede prosperar en las proximidades de los campos de concentración”.

Vargas Llosa rechaza la noción según la cual todo humanista deba contar con experiencia en alguna disciplina técnica. Afirma: “Sería equivocado atribuir en este proceso funciones idénticas a las ciencias y a las letras y a las artes. Precisamente el haber olvidado distinguirlas ha contribuido a la confusión que prevalece en nuestro tiempo en el campo de la cultura (...) Las ideas de especialización y progreso, inseparables de la ciencia, son írritas a las letras y a las artes, lo que no quiere decir, desde luego, que la literatura, la pintura y la música no cambien y evolucionen”.

Pues yo sí que creo que quien escribe en una columna de opinión tiene que tener alguna formación técnica en lo que dice o al menos haberlo meditado e investigado. El intelectual tiene que contar con algún cuerpo teórico y fáctico de sustento cuando temerariamente cumple con su obligación ante un periódico de emitir opinión sobre los asuntos públicos –algún columnista de opinión en España tenía la osadía y desfachatez de escribir DIARIAMENTE -. Sin rigor y creyendo que por erudición ya se conoce todos los asuntos humanos, se comete un error grave. Por ello desconfío de intelectuales y tecnócratas en el poder. Y creo que tampoco el público cede su preferencia política a todo el que hace espectáculo, porque ya nos gobernaría en España Belén Esteban y Boris Izaguirre (este último un caso lamentable de intelectual prostituido por el espectáculo en el mundo hispano). En suma, discrepo con la libertad positiva y le temo. Dudo que haya sabios y notables capaces de mejorar la democracia. En Venezuela se apeló a esos notables para salvar la democracia en los años noventa y se derivó en Chávez- justo tras el gobierno de un presidente muy culto, Rafael Caldera, perteneciente a la Real Academia-. Que una minoría se sienta superior por unos más o menos libros que haya leído me intimida. Aunque lamente que Vargas Llosa no haya ganado las elecciones para gobernar Perú en 1990, porque esta nación se habría ahorrado un doloroso proceso de dos décadas para estar donde está ahora, como la nación con mejores perspectivas tanto en crecimiento e inflación de América Latina - si bien es preciso matizar que sus elecciones presidenciales más recientes hayan sido dirimidas entre un dictador (por vía filial) y un golpista, lo cual engendra sospechas sobre sus instituciones.

Vargas Llosa por ejemplo me asusta por su visión sobre lo económico. Lo sospeché al leer el ensayo y lo confirmé hoy al leer -por primera vez con decepción - la entrega de su columna quincenal en El País, “Las ficciones malignas”, en las cuales cree que Europa está bien guiada por una política austera emprendida por ese intento de remedar a Thatcher –malamente y sin llegarle a los talones - que es Merkel, siendo que el problema económico europeo dista de ser puramente fiscal y me temo que Vargas Llosa



esta vez se lanza a un terreno donde para nada ofrece una opinión reflexionada y documentada. En tal tónica va su infeliz frase sobre cultura y mercado en el ensayo:

“De otro lado, en las tareas creativas y, digamos, imprácticas, el capitalismo provoca una confusión total entre *precio* y *valor* en la que este último sale siempre perjudicado, algo que a la corta o a larga, conduce a esa degradación de la cultura y el espíritu que es la civilización del espectáculo. El mercado libre fija los precios de los productos en función de la oferta y la demanda, lo que ha hecho que en casi todas partes, incluidas las sociedades más cultas, obras literarias y artísticas de altísimo valor queden disminuidas y arrinconadas, debido a la dificultad y exigencia de una cierta formación intelectual y de una sensibilidad aguzada para ser cabalmente apreciados. La contrapartida es que, cuando el gusto del gran público determina el valor de un producto cultural, es inevitable que, en muchísimos casos, escritores, pensadores y artistas mediocres o nulos, pero virtuosos y pirotécnicos, diestros en la publicidad y la autopromoción o que halagan con destreza a los peores instintos del público, alcancen altísimas cotas de popularidad y le parezcan a la inculta mayoría los mejores...”

Este párrafo, el más desafortunado del ensayo, vuelve sobre el tema de la minoría culta que nos debe orientar a los demás, incultos mayoritarios y nos remite a pensar que debemos construir una teoría sobre el valor en obras artísticas. Habríamos de irnos a Marx, quizás, en ese debate estéril hoy día entre “valor” y “precio”, diciendo quizás que la teoría estética apropiada es una del “valor-trabajo”, según la cual las horas trabajadas por el artista determinan lo que vale la obra, por seguir un raciocinio extremo.

El mercado cultural

Muchos intelectuales creen vulgar lo económico. Aquí es preciso insistir que economía y mercado distan de referirse sólo a dinero, crematística y tangibles. Mercado, oferta y demanda se refieren a decisiones individuales, a recursos limitados en la realidad confrontados con necesidades ilimitadas, a confrontación entre consumir ahora y después. Y sí, ¡Horror! Hay un mercado para producción cultural. Sí que lo hay, porque el libro de Vargas Llosa me costó EUR 17,50, lo hay desde que él condena que en Perú se venden copias piratas correspondientes a sus libros – 6 ó 7 por cada ejemplar auténtico – y en fin, ¿Acaso no tiene precio consumir cultura y coste producirla?

Luego, es pertinente añadir algo de óptica economicista a este fenómeno según el cual hay Civilización del Espectáculo. Es más, tal análisis incorpora y elabora varios puntos denunciados por Vargas Llosa.

Una óptica económica sobre la cultura plantearía el asunto más o menos así: tenemos un servicio llamado “cultura”, el cual cuenta con una oferta – artistas que la proveen – y demanda – gente que compra obras culturales -. En ese entorno, tenemos hoy una situación particular. ¡Hay más competencia que nunca! También hay más demanda, mediante gente más alfabetizada y la cultura ha tenido una “democratización”, quizás a expensas de calidad. Un fenómeno visto negativamente por Vargas Llosa como los “blogs” literarios, en los cuales se atropella el lenguaje y hay riesgo de banalización, dan acceso a la expresión cultural sin tener que recurrir a editoriales, periódicos y revistas tradicionales – esto es apenas para el ámbito literario -. Luego, se está en un mercado el cual se aproxima a competencia perfecta.

¿Cómo diferenciarse en ese mercado? El productor de cultura puede optar por calidad, por ejemplo. Suponiendo que es un desconocido, una opción es construir una obra estéticamente muy sólida, aceptable por la crítica más rigurosa. Usando el léxico de



marketing, tal autor lo más probable es que atienda a un nicho, la élite culta. ¿Quién entra ahí? Pueden ser los especialistas en materia cultural. Se venderán menos productos a un precio más alto. Es una alternativa. El problema es que los más cultos distan de ser, necesariamente, quienes poseen mayor poder adquisitivo.

Otra opción para el artista – considérese que hoy día hay más estudiantes de arte que nunca – es seguir esta estrategia empleada en un caso citado por Vargas Llosa: “Decidió que el camino más seguro hacia el éxito en materia de arte era llamar la atención”. Es otro mecanismo para diferenciarse en un mercado competitivo. ¿Cómo llamar la atención? Es un tema relacionado con marketing. El gurú del marketing, Philip Kotler, ha escrito sobre marketing para servicios culturales. ¿Suena feo? Quizás para puristas quienes creen que el arte está libre de fuerzas como oferta y demanda. Yo insisto: aquí ni siquiera es un asunto monetario. Supóngase una sociedad donde se subsidia a los artistas. Entonces el tema entre los subsidiados es igual: como atraer público, si bien allí la preocupación quizás ya no sea dinero, sino fama e influencia. Yo creo que los escritores quieren fama, porque de lo contrario nunca publicarían. Elaborando, hay formas con las cuales diferenciarse. ¿Una lícita? Darle un mejor servicio al cliente. Los teatros que profesan la actitud según la cual el público *tiene que ir a ellos* seguramente lo llevan peor que otros los cuales sí optan por facilitarle al público la entrada. Hay instituciones teatrales, en el mundo operístico y de música académica, las cuales ponen trabas enormes al potencial espectador. Sus horarios de taquilla son limitados, su tienda está mal diseñada, la compra a distancia es complicada y jamás hacen jornadas con precios reducidos o espectáculos gratuitos para ganar público. Esa actitud “yo soy bueno y tienen que venir a reverenciarme” es muy propia del artista e institución cultural seguros de sí. Entonces una alternativa es hacer placentera la experiencia cultural. Una buena ubicación, reducir costes para hacer el producto accesible, entregar un programa bien elaborado, acudir a medios de comunicación, educar al público... Todo esto vale como opciones de marketing cultural. Un buen blog puede ser marketing cultural. El artista consigue darse a conocer totalmente gratis y son las editoriales quienes van cazando a los “bloggers” talentosos para publicarlos. ¿Otras opciones? Presentarse a concursos, buscando a esos jueces muy sabios y competentes capaces e valorar una buena obra. ¿Un camino alternativo? Es el mencionado por Vargas Llosa. Llamar la atención. Usar una vestimenta osada, conseguir espacio en programas televisivos, protagonizar escándalos, rodearse de amistades prestigiosas, sorprender... Eso es una opción para diferenciarse.

¿Valía en el pasado? Lo cierto es que el artista quien se gana la vida sin un mecenas noble es creación del Romanticismo. En el mundo musical, se inicia con Beethoven, quien consigue poner los nobles a sus pies y vender a Sociedades especializadas sus trabajos. Antes, Bach, Mozart, en menor grado Haydn, tuvieron que buscarse un patrocinador entre los nobles o la Iglesia. Con Beethoven se inicia el camino hacia la independencia del compositor, quien comienza a cortejar a una clase social nueva, los burgueses, equivalente a la clase media actual. Algo parecido ocurre en literatura en la Edad Contemporánea, porque antes el grueso de artistas trabajó para el Estado, los nobles o la Iglesia. El romanticismo coincide con la Revolución Industrial y la independencia financiera del artista y el científico. Ahora la democratización de la cultura ha expandido tanto demanda como oferta. ¿Se ha sacrificado calidad? Posiblemente. Cualquier bien o servicio pierde valor al ser abundante. Es algo puramente estadístico. Las barreras a la entrada en el mundo cultural, al menos en sociedades seculares y medianamente opulentas, es mínima. Es más, el mercado cultural es global. En una sala de cine se puede ver simultáneamente una representación



operística correspondiente al Met o La Scala. Por Internet se puede comprar o descargar una obra literaria creada en casi cualquier lado o idioma. Es un mundo ferozmente competitivo. Y tal parece, siguiendo la tesis esgrimida por Vargas Llosa, que en ese mundo los que incursionan se sacrifican menos que en el pasado y la “selección natural” opera con menos contundencia. Hoy cualquier ciudadano con una computadora (u ordenador, como lo llaman en España), contando con un software procesador de palabras y acceso a Internet puede escribir sin dificultad alguna. Y lo puede poner al alcance público sin intermediarios.

Con lo descrito apenas se señalan algunas fuerzas operando en el mundo cultural libre. Hay otras:

- Digitalización: en textos sobre economía de la información, se señala que todo aquello susceptible a digitalizarse, esto es, traducirse a un código informático compuesto por “ceros” y “unos” es información. En el mundo musical esto ha sido nefasto. Precisamente porque facilita la réplica y piratería. A esa fuerza, Vargas Llosa sólo puede argüir un tema moral y tiene razón. Violar derechos de propiedad es ajeno a la ética liberal capitalista. Siguiendo al autor: “Todos los grandes pensadores liberales (...) señalaron que la libertad económica y política sólo cumplía a cabalidad su función civilizadora, creadora de riqueza y empleo y defensora del individuo soberano, de la vigencia de la ley y el respeto a los derechos humanos, cuando la vida espiritual de la sociedad era intensa y mantenía viva e inspirada una jerarquía de valores respetada y acatada por el cuerpo social”. Pues sí, el desparpajo con el cual se hacen copias piratas es síntoma de oportunismo y ciertamente son más proclives a ella quienes viven en España, Italia, Brasil, Hispanoamérica y - en menor grado - Francia. El anglosajón tiene algo más de respeto por la Ley y propiedad- el mismo Vargas Llosa lo afirma en el ensayo. En el mundo hispano y latino tal noción sobre la propiedad es difusa y la prueba más expresiva son las defecaciones de mascotas caninas desperdigadas en las aceras y calzadas tanto españolas como hispanoamericanas, lo cual expresa elocuentemente que la propiedad pública apenas importa y menos aún los zapatos poseídos por quien pise estas excrecencias. Al digitalizarse la literatura el riesgo de piratería se incrementará. El malestar de Vargas Llosa, fascinado con los libros, lo siento yo enamorado de la música. Me molestan los dispositivos de MP3, los cuales trivializan a categoría de gramola (rocola) la producción musical, desvirtúan el sacro concepto correspondiente al álbum musical –una obra conceptual- y han hecho desaparecer esas amadas tiendas donde uno se refugiaba para ver discos y escucharlos. Ahora apenas quedan tiendas especializadas en música dentro de las naciones hispanoamericanas, siendo que mi amado formato CD –otros prefieren el vinilo – se resiente, apenas quedan discos vendidos en grandes tiendas por departamentos – con espacios cada vez más reducidos – y aún así, afortunadamente, Internet da acceso a sitios mayoritariamente anglosajones especializados en discos compactos. Sufro eso, mas no ando denostando de mi época. Lo acepto y veo que aún hay un nicho de mercado en el cual me ubico y me sirven. ¿El precio? Ver que en música también se trivializa el producto y las disqueras ponen en sus discos únicamente a gente linda y atractiva, quienes a veces tocan o cantan bien. Es por la vía de Internet donde publican muchas bandas y cantantes rechazados por las disqueras. Las corporaciones, usualmente dirigidas por gente pobre culturalmente, rara vez cuentan con criterios artísticos conciliados con los monetarios – y eso sí fue posible, por ejemplo en esas décadas maravillosa correspondientes a 1950 y 1960, cuando un Walter Legge, John Culshaw o George Martin eran productores musicales -. Así que detecto el malestar cultural de Vargas Llosa en mi propia esfera como melómano, mas entiendo las fuerzas que actúan y acepto el precio por tener libertad. Reconozco que el



mercado, en su diversidad, guarda un espacio para mí y gracias a que vivo en una sociedad sin control de cambio monetario ni censura en Internet puedo comprar por ese canal productos inalcanzables en mi ámbito local.

- Otro concepto económico aplicado a este mercado cultural es la restricción presupuestaria. Ante la oferta abundante, hay un problema: restricciones en recursos. Lejos de ser sólo dinero –acuciante en 2012 -, hay problemas como tiempo - ¿En qué tiempo se puede evaluar razonablemente toda la oferta?-, conocimiento - ¿Cómo sé que una obra vale más o menos que otra? y si hago la ecuación cultura igual a entretenimiento, resulta que mi dilema sobre qué comprar es más amplio. Con 10 euros puedo comprar una entrada a un museo, un libro en formato de bolsillo, un boleto para ir al cine o un disco barato. ¿Qué elijo? También puedo comprar por cable un partido de fútbol, una revista especializada o tomarme unas pocas cervezas. Todo eso compite. Luego, hay exceso de oferta y una demanda con limitaciones cognitivas, dinerarias y temporales para adquirir cultura y evasión.

Fuerzas como las expuestas hacen que el encuentro entre los que buscan cultura (demanda) y los que la ofrecen, pueda estar en desequilibrio. Suponer un mercado cultural entrañaría creer que hay una “cantidad de cultura” y un “precio” óptimos. Creer que hay una cantidad de cultura por sobre la cual habría exceso, resulta inquietante como razonamiento. Mas se me ocurre que puede haber excesiva oferta en algunos productos culturales. Volviendo a la música, para cada sinfonía o sonata de Beethoven tengo una oferta interminable. Ante las incesantes grabaciones nuevas, tengo la competencia de otras rescatadas en formato digital entre archivos históricos, muchas veces superiores aunque tengan peor sonido y menos validez para el musicólogo contemporáneo. En el tiempo que vivimos hay demasiadas alternativas para un mismo producto cultural y habría que preguntarse si hay suficiente demanda para toda esa producción. Eso repercute en artistas rechazados y tiene otro problema distributivo: ¿Qué pasa cuando el precio excluye a gente? Toda esta consideración vincula con el debate entre el “precio” y el “valor”. A un simpatizante liberal como Vargas Llosa le haría ruido pensar en controles de precios; pues bien, su argumento da pie para pensar que estetas, críticos y especialistas digan cuál es el precio o valor correcto. Un tribunal de sabios nos diría cuánto pagar por una obra pictórica subastada en Sotheby’s o Christie’s, sustituyendo a los pujantes. Tal escenario supone también que los críticos y estetas conocen mejor que los demás qué da valor a una obra. Lo dudo. Si fuera así, artistas infames en su tiempo hubieran quedado destinados a execración para el futuro. Van Gogh sólo vendió un cuadro en vida y Proust ganó apenas un premio, gracias a buenas relaciones, para su segunda entrega de *En Busca del Tiempo Perdido*. El criterio estético tiene un dinamismo a tener en cuenta para decir el valor presente correcto para una obra.

En suma, toda esta argumentación aburridamente economicista es para señalar que hay un problema cultural en el cual tienen asidero consideraciones sobre lo que determina el precio y las cantidades óptimas. Prefiero que lo resuelva el mercado y creo que habrá nichos y segmentos para ese vasto espectro de obras y versiones que nos inundan cada vez más, porque la producción cultural se ha abaratado notablemente.

Cuando el mercado falla, una solución es intervención pública. La más obvia que se me ocurre es en el ámbito de información y en el proceso educativo. Se habría de propiciar la difusión que hagan los críticos sobre el arte, lo cual es preferible a que se impongan estos por la fuerza. El problema es que revistas especializadas en arte tienen precio y distan de estar subsidiadas. Me encantaría que el Estado me financiara Gramophone,



BBC Music o Mojo, como melómano; mas esto aún parece estar sin ensayarse y quizás el subsidio venga más bien de los propios productores culturales, si bien estas revistas son respetables precisamente por mantener una opinión imparcial. El medio más barato son periódicos, medios audiovisuales e Internet. El mercado provee soluciones interesantes, como que en sitios de compra por Internet los propios consumidores opinan, sin recibir nada a cambio – es más, tales sitios de compra como Amazon difunden las críticas negativas a los productos que venden. Los periódicos que se precian mantienen buenas columnas críticas. Vargas Llosa da un referente ético sobre este medio cuando opina sobre los escritos de Edmund Wilson: “..El escribir para el gran público profano no le restó rigor ni osadía intelectual; más bien lo obligó a tratar de ser siempre responsable e inteligible a la hora de escribir”; lo mismo aplica según mi criterio para el propio Vargas Llosa en el diario El País, siendo su columna quincenal una isla de excelencia en el periodismo español. En fin, un subsidio para tal difusión cultural sería deseable. El propio Vargas Llosa ofrece un argumento justificativo al afirmar sobre la civilización del espectáculo: “Me parece que tal deterioro nos sume en una creciente confusión de la que podría resultar, a la corta o a la larga, un mundo sin valores estéticos...”

Sin duda es en educación pública donde es más justificable la provisión de este bien público que es “formación cultural”. En medio de la Civilización del Espectáculo –si bien el siguiente razonamiento peligroso-, la gente está eligiendo irracionalmente su cultura. La confunde con entretenimiento. Entonces la única alternativa es educarla. Una forma es la televisión pública. Otro medio es la escuela – en este último lugar la intervención es aún más necesaria, porque el niño está desvalido ante un hogar probablemente incapaz de transmitir adecuadamente valores culturales-. El problema es que Vargas Llosa también ve ambos canales sumidos en la Civilización del Espectáculo. Sobre la televisión es tajante: “La televisión es hasta ahora la mejor demostración de que la pantalla banaliza los contenidos –sobre todo las ideas- y tiende a convertir todo lo que pasa por ella en espectáculo, en el sentido más epidérmico y efímero del término”. Como buen ensayo provocador, nuevamente usa una afirmación que yo matizaría. En el Reino Unido está el caso de esa excelente televisión pública que es la BBC, cuyos documentales cuentan con calidad incluso estética. Ahora bien, sí que la televisión pública en “las naciones más avanzadas del planeta, las del Occidente democrático y liberal” está plagada de programación al mismo nivel que tienen sus peores competidores privados. Ciertamente, mi decepción fue suprema cuando en los años noventa y estudiando el italiano adquirí por cable el canal RAI internacional; pensaba ver un canal dedicado al arte italiano, incluyendo ópera y artes plásticas. Lo que encontré fue un canal dedicado a concursos y tan sólo salvado por las bellas italianas que lo poblaban. En España, encuentro a TVE dedicando su canal 1 a programas de chismorreo y ni rastro veo referente a la televisión educativa que por Ley tenían los canales venezolanos en horario vespertino cuando yo era un niño (nacé en 1975). Hoy un niño condenado a carecer de televisión por cable se encuentra con sexo explícito en la programación que le ofrece la pantalla durante la tarde y probablemente su abuela o cuidadora deje transcurrir tales imágenes ante los infantiles ojos. Ciertamente, el Mediterráneo parece ofrecer un mal ejemplo sobre televisión pública. Y lo peor es que cuando estos canales ensayan programación educativa son los primeros donde se hacen recortes. Pasó en mi natal Venezuela con el célebre canal 5 correspondiente a Venezolana de Televisión y acá en España estoy seguro que cortarán primero presupuesto para el espacio cultural vigente para el canal “La 2” antes que cesar con un



programa dedicado a farándula. Luego, manejada de esta forma, la televisión pública pierde sentido.

¿La educación? Tampoco se salva en el diagnóstico propuesto por Vargas Llosa. La identifica como “el problema cultural mayor de nuestro tiempo”. El autor discute el caso francés y percibe “el empobrecimiento y desorden que ha padecido la enseñanza pública”. Lo peor es que sobre su propia experiencia personal como estudiante de literatura durante una Era Dorada perdida, Vargas Llosa afirma: “Yo no recuerdo que alguno de mis profesores de literatura me hiciera sentir que un buen libro nos acerca al abismo de la experiencia humana y a sus efervescentes misterios. Los críticos literarios, en cambio, sí”.

El argumento a favor de la educación en materia cultural y artística tiene asidero aún en tan lúgubre escenario. Ciertamente hay un peligro: que el gobierno diga lo que es bueno en arte. Puede abrir espacio para la censura. En fin, es un riesgo. Habría ciertamente que contar con debatibles contenidos mínimos. Lo peor es que esta democratización de la cultura, como concepto, es cuestionable. En las primeras páginas de su ensayo Vargas Llosa señala un riesgo: mayor difusión cultural puede empobrecer la producción cultural. Cita a Thomas Stearns “T.S.” Eliot - poeta angloamericano quien vivió entre 1888 y 1965, recibiendo el nobel en 1948- y cita sus argumentos polémicos: “T.S. Eliot afirma que la alta cultura es patrimonio de una élite y defiende que así sea porque, asegura, ‘es condición esencial para la preservación de la calidad de la cultura que continúe siendo una cultura minoritaria’. Y añade, citando al mismo autor: “La ingenua idea de que, a través de la educación, se puede transmitir la cultura a la totalidad de la sociedad, está destruyendo la ‘alta cultura’, pues la única manera de conseguir esa democratización universal de la cultura es empobreciéndola, volviéndola cada día más superficial”.

En mi opinión, este riesgo de hacer asequible la educación cultural merece la pena correrlo y es un vehículo necesario para reducir la pobreza material y espiritual. Los economistas muchas veces recomendamos más educación en áreas como ciencia aplicada, matemática, informática e inglés para que el ciudadano se ubique mejor dentro de este mercado global y competitivo actual. Olvidamos la cultura, como un ámbito capaz también de potenciar la creatividad, la sociabilidad y la ciudadanía. Como bien nos recuerda Vargas Llosa: “La sola idea de la cultura no significó nunca cantidad de conocimientos, sino calidad y sensibilidad”. Y agrega: “El conocimiento tiene que ver con la evolución de la técnica y las ciencias, y la cultura es algo anterior al conocimiento, una propensión del espíritu, una sensibilidad y un cultivo de la forma que da sentido y orientación a los conocimientos”.

Dar un sustrato común de partida para la experiencia cultural es lícito para la sociedad liberal. Esto para nada excluye iniciativas privadas, siendo que el mundo vibra con organizaciones culturales patrocinadas por fundaciones cuya propiedad es ajena al Estado. Por ello es falso el razonamiento según el cual la libertad y el capitalismo han destruido la cultura. Cuando otros meditaron sobre la supuesta pobreza cultural antes de Vargas Llosa, llegaron a preocupantes conclusiones al respecto. En el ensayo, el nobel 2010 recuerda: “Ello indujo a pensadores como Octavio Paz a condenar el mercado y sostener que ha sido el gran responsable de la bancarrota de la cultura”. Este apartado ha sido destinado a mostrar que existe un mercado para la cultura, que reglas como precio y cantidades son establecidas por ciudadanos quienes deciden libremente. Y si los intelectuales creen que se puede mejorar esa elección mediante la educación pública – Eliot discreparía -, hay argumentos a favor y creo que es defendible, aún aceptando



riesgos como la censura. Mas disto de creer que extremos como la cultura reservada a una élite o la producción cultural impuesta por el Estado sean las soluciones. Eso sin mencionar que los intelectuales pueden ser bastante incompetentes para entender asuntos económicos – así como los economistas suelen serlo para abordar problemas culturales -. Octavio Paz y tantos premios nobel despotricaron contra el único sistema, el capitalista, donde se abre un mercado para privatizar su producción. Me hacía gracia García Márquez, afín al comunismo de Fidel Castro, condenando que se pirateara una novela suya y amenazando cambiar el final como represalia. Es en la sociedad con abundante clase media donde la cultura encuentra su mejor espacio para construirse y eso sólo lo permite el capitalismo liberal. El peligro de los intelectuales opinando sobre economía lo percibo en ese reciente artículo periodístico de Vargas Llosa que mencioné, donde condena a Paul Krugman por decir que en España puede haber un “corralito” e insinuando que de alguna forma también Krugman, al volverse mediático, es un técnico sometido a la Civilización del Espectáculo. El argumento de Krugman tiene asidero –controles de capital, estatización de bancos, devaluación controlada – en el hipotético caso – remoto, espero - que España deje el euro. Vargas Llosa comete errores al afirmar que un capitán de gran corporación española sabe más sobre economía española que Krugman -¿Va a dar acaso un mensaje negativo sobre España el ejecutivo de una gran corporación con sede española? ¿Sabe más un burócrata corporativo que un nobel de economía?-. Y el elogio a Merkel está fuera de lugar. Esta dama dista de actuar con el buen sentido que aplicaría una ama de casa para gestionar las finanzas públicas, como aduce Krugman. En esta Gran Recesión europea, la señora Merkel conspira contra el proyecto paneuropeo cooperativo con la miopía de quien quiere defender su electorado local. El problema en España no fue que el gobierno dejó de actuar con la prudencia administrativa correspondiente a un hogar solvente, sino que los hogares actuaron como malos gobiernos, creyendo que podían endeudarse ilimitadamente en una burbuja inmobiliaria. El euro fue un error económico, homogeneizando bajo una misma moneda a economías con estructuras competitivas disímiles. Una moneda excesivamente apreciada y unos tipos de interés bajos generaron déficit en la balanza de pagos y burbujas inmobiliarias para naciones periféricas como España. El gran beneficiario fue la industria alemana y ahora lo está siendo la banca germana al recibir los capitales financieros que huyen del Mediterráneo –en Grecia la base de depósitos bancarios ha caído un tercio desde 2010-. Lo más prudente para Alemania, si aspira proseguir ese maravilloso programa de unificación europea elogiado por Vargas Llosa, es darle alguna financiación y solidaridad a sus clientes mediterráneos. La retórica actual es ajena a grandes miras y haber mezclado deseos políticos con política económica fue –y es - un error. Esto viene a mención para destacar que los intelectuales, si saltan a la palestra con un tema social, tienen que documentarse y meditar el asunto con más detenimiento. En Vargas Llosa es tan infrecuente una lectura errada sobre la realidad que dejo pasar este artículo periodístico, uno de los pocos -¿quizás el único texto? - en que lo he sentido radicalmente errado. Lo que sí me preocupa es leer a pseudo-intelectuales, mucho menos instruidos y sensibles que Vargas Llosa, saltando a la palestra creyendo que son superiores al ciudadano común por haberse leído un puñado de libros. Cultura puede estar ajena a sentido común y rigor. Ciertamente dominio técnico tampoco significa buenos resultados en asuntos públicos y la cultura es un antídoto a fallos éticos e insensibilidad correspondientes a un especialista, si alguien realmente puede proclamarse como tal. Una mezcla de ambos, cultura y conocimiento técnico, es lo deseable. Por supuesto, la proporción de las partes está en sintonía con el oficio que cada quien elija. Mas creo que sí, que ambas esferas,



científica y cultural, son necesarias en la misma persona. Temo a quien carezca de alguna completamente.

Penúltimas consideraciones

El argumento peligroso al cual puede conducir el ensayo de Vargas Llosa es deducir que la libertad está asociada, en su estadio más avanzado, con frivolidad, banalización y miopía. Cierta profundidad espiritual parece perderse en un mundo con más amplitud en libertad. Tal es una conclusión peligrosa, una lectura la cual puede hacerse del ensayo.

Este peligro es enunciado por James Q. Wilson en The Morality of Capitalism –o La Moralidad del Capitalismo- (The Centre for Independent Studies, 1997), cuando afirma: “...El capitalismo revela todos los lados de la naturaleza humana. Cuando permites a la gente producir lo que ellos quieren, algunos producirán cosas que no gustan y otros consumirán cosas que nos desagradan. Obtendremos películas basura de Hollywood. Obtendremos periodismo amarillista de los medios. Obtendremos drogas recreativas de las farmacéuticas. Recibiremos música autocomplaciente de los compositores. Conseguiremos de nuestros niños vestimentas adolescentes idiotas con pelucas moradas de pinchos. Hay una enorme tentación a decir que estos precios que pagamos son demasiado elevados”.

Si este ensayo es leído por un enemigo de la libertad y el capitalismo liberal, puede usarse como un arma arrojadiza. Me temo que el malestar de un hombre culto –en el caso de Vargas Llosa un auténtico “erudo”, porque erudito suena a diminutivo- puede terminar implicando que el individuo renuncie a dosis de libertad para recibir mayor calidad estética. Porque el peligro en La Civilización del Espectáculo es que se queda en una resignación fatalista, quizás temiendo las peligrosas conclusiones a las cuales puede dar asidero:

“Lo peor es que probablemente este fenómeno no tenga arreglo, porque forma ya parte de una manera de ser, de vivir, de fantasear y de creer de nuestra época, y lo que yo añoro sea polvo y ceniza, sin reconstitución posible”.

Y a tan devastadora lectura llega un apasionado amante de la literatura, quien ha tenido “la convicción de que lo peor y lo mejor de la aventura humana pasaba siempre por los libros y de que ellos ayudaban a vivir”.

A lo sumo, en el escenario más inocuo, todo esto cese por aburrimiento: “El Gran Bostezo, anónimo y universal, que es el Apocalipsis y el Juicio Final de la Sociedad del Espectáculo”.

Si fuera otro autor quien hubiera escrito este ensayo, por demás hechicero, sumamente estético y elocuente, desconfiaría inmediatamente. Temería que es un llamado a cierta tecnocracia, gobierno de los filósofos o directamente censura. No obstante, ahora sí conociendo la trayectoria de quien lo escribe y sacándola a relucir, me temo que este es el quejido emitido por un hombre ilustrado cuando la libertad le ha costado cara en términos culturales.

Sin tener un ápice de esa erudición que tiene Vargas Llosa, sí que puedo experimentar ese malestar en un entorno que, a mi juicio, es el reducto totalitario en la sociedad capitalista contemporánea. Se trata de esa corporación anónima y transnacional la cual estaba sin preverse en esas reflexiones primigenias sobre mercado competitivo o libertad individual. Y acá saco yo a relucir mi propia insatisfacción con el entorno en que transcurre la vida que tenemos muchos profesionales. Nos encontramos con un



ambiente corporativo donde predomina la forma sobre el contenido. La mayor manifestación es ese culto a las insípidas presentaciones en el software PowerPoint: cualquier lector sólo encuentra en ellas frases incompletas, tautologías y nunca un razonamiento bien cimentado. Lo peor es que ese vacuo estilo, asesino de cualquier oratoria, ha aterrizado en las escuelas y universidades.

Aún con tal malestar, creo que el mercado abre espacio para elegir. Nadie nos obliga a hacer una vida ceñida a tal dictadura de la forma sobre la idea. En el propio ensayo de Vargas Llosa está un caso extremo en que un autor huye de Internet y la informática durante meses para escribir un ensayo condenándolos. Creo que la sociedad liberal y democrática abre puertas a quienes decidan salirse. Se pueden construir proyectos de vida estéticamente sólidos y profundos aún en este caos. Al menos ningún régimen totalitario nos encerrará en un manicomio por discrepar.

Y creo que el propio mercado condena a la corporación cuya producción artística es mala. La piratería, justificadamente condenada por quienes creemos en la propiedad y Vargas Llosa es elocuente en tal actitud, puede leerse también como una conducta guiada por quien rechaza el espectáculo. El consumidor cultural tampoco es tan tonto como se cree y al saber que una experiencia cultural es fútil e intrascendente, “simple evasión”, probablemente opte por consumirla gratis, literalmente robarla. Ese mismo ladrón puede elegir pagar por productos que sí valgan. Y es por ello que aún las salas de cine tienen público, hay discos compactos –incluso mejorados en formato SACD – y hasta vinilos... Y es más, esto justificaría que el ensayo de Vargas Llosa alcance el número uno en las listas de ventas correspondientes a libros. Es un best-seller en España, según lo reporta el ABC Cultural (mi motivo central para comprar el diario ABC los sábados) el 19 de mayo de 2012. Su voz disidente está teniendo eco.

Indudablemente creo que el ensayo tiene asideros en su crítica. Yo apoyaría algún tipo de intervención gubernamental para subsidiar bienes culturales y educación artística. La estética es un intangible indispensable para enriquecer a las naciones espiritualmente y mejorar su calidad de vida. La economía actual mira más hacia la felicidad como medición del éxito económico y la cultura ayuda en ello.

Las fuerzas de mercado también pueden seguir construyendo buena cultura. En el mundo discográfico hay sellos independientes ganando cada vez más premios y reconocimientos por la crítica. Esta el caso de Naxos, sello que arriba a un cuarto de siglo; está el ejemplo de Soli Deo Gloria, la discográfica creada por Sir John Eliot Gardiner para difundir sus cantatas de Bach cuando una gran multinacional le negó apoyar su proyecto musical. En suma, el mercado y el capitalismo abren espacios incluso para la disidencia. En una sociedad gobernada por estetas ordenaron suicidarse a Sócrates y Séneca.

Opino que el ensayo de Vargas Llosa perdurará como una denuncia con resonancia histórica. Quizás donde su análisis tenga mayor valor, a mi juicio, es cuando aborda el nexo entre religión e individuo, analizando además la secularización estatal y cómo un gobierno liberal ha de gestionar el asunto religioso. A mi juicio es lo más sublime, lo mejor construido, lo que más me ha sintonizado. De alguna manera este tratado alberga, entre sus múltiples senderos, un camino seguro hacia la reflexión respecto a democracia y religión.

Por demás, la galería de autores que invita a investigar es fecunda. Pronto me pondré en La Imaginación Liberal de Lionel Trilling por él señalada, por apenas mencionar un ejemplo. Con Vargas Llosa uno ensancha sus fronteras de pensamiento, realización estética y construcción vital.

SOBRE VARGAS LLOSA Y LA CIVILIZACIÓN DEL ESPECTÁCULO



El material está construido con elegancia y coherencia, aún cuando aborde muchos ámbitos distintos. Aún con sus dosis pesimistas y desencantadas, consigue mover a reflexionar constructivamente y, más importante, actuar entusiastamente. Creo que el ensayo ofrece posibilidades individuales para uno mismo rehuir al espectáculo y cultivarse, profundizar en el goce artístico y darle estética a vivencias personales. Quien lea estas páginas puede optar por una alternativa liberal y quizás es ese el eco más noble a darles: el propio lector tomar conciencia sobre un hedonismo miope reinante y construirse mediante la experiencia estética. Y creo que hay espacios para ello en la sociedad actual, especialmente la liberal. Ciertamente, vivir esa dimensión cultural plena implica ciertas renunciaciones al facilismo.

Otra lectura es que clamamos por filósofos y sabios capaces de darnos teorías y propuestas – eso en vez de órdenes - en estos días donde lo banal seduce tanto. Creo que están alrededor. Confío en que la infinita biblioteca de Internet hace más accesibles conocimientos en todo el orbe y estoy convencido que hay artistas haciendo obras notables, quizás difíciles de entender en tiempos terriblemente complejos, mas menos crueles y totalitarios que el Siglo XX.

Vargas Llosa sigue siendo mi escritor favorito y leer cualquier obra suya causa esa sensación de que los libros abren interminables senderos que se bifurcan, a veces apuntando hacia lo elevado, en otros casos sumergiéndose en las profundidades, siempre enriqueciéndonos.

Lo que espero es que su alegato, lleno de libertad positiva, jamás caiga en malas manos o dé pie a políticas peligrosas de represión y coacción. Lo que sí estoy seguro es de un mérito indiscutible: este ensayo es un hito, una invitación en múltiples esferas; en suma, es de esos libros que agitan el nervio interior y hacen que uno expanda sus fronteras vitales. Por demás, está supremamente bien escrito. Es la obra del mejor literato vivo en este confuso tiempo.

Madrid, mayo de 2012